

TERRORISMO

Según el diccionario de la Real Academia Española, el terrorismo es o dominación por el terror o sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror. Si nos atenemos al menos a la segunda de las dos acepciones que proporciona esta acreditada fuente, en México estamos padeciendo ciertamente este azote de las sociedades.

Hace ya al menos un lustro que se ha disparado una escalada de crímenes, pero en los últimos meses ha rebasado todas las expectativas y ostensiblemente superado a los órganos del Estado encargados de la seguridad pública, en las tres instancias de gobierno. Las últimas semanas han sido especialmente nutridas en esta sucesión de actos de violencia, con ejecuciones espeluznantes como las de los trece decapitados en Mérida, la masacre de Creel, los más de dos decenas de cadáveres encontrados en La Marquesa y finalmente el ataque con granadas a la multitud reunida la noche del 15 de septiembre en Morelia.

Es cierto que la palabra terrorismo se ha reservado usualmente para definir a la actividad de grupos que mantienen una cierta orientación política o están motivados por odios religiosos, raciales o similares. Sin embargo, la sustancia del concepto, es la acción dirigida a provocar el pánico o el terror entre la población.

Ahora bien, lo que sufrimos los mexicanos en estos tiempos es el terror puro, no hay afán de sus autores para justificarlo, ni tampoco les interesa hacer saber quiénes son, puesto que tampoco tienen demandas públicas. Es un macabro juego entre

sólo unos cuantos: algunos individuos que detentan autoridad y los delincuentes. Nadie más posee información fidedigna, ni manera de protegerse en consecuencia. Pero la guerra entre estos contendientes desconocidos ha dejado hacer mucho de ser una reyerta privada. Su guerra es pública y abarca espacios o escenarios cada vez mayores.

Toda vez que estos actos de terrorismo presuntamente provienen de la delincuencia, se les asocia con los secuestros y demás crímenes en los que sus autores persiguen un botín económico inmediato. Sin duda tienen una naturaleza diferente y más temible. Como si se tratara de un terrorismo político, los actos de violencia se dirigen ahora en contra de multitudes inermes y de individuos muy lejos de las élites económicas o del poder. Consideremos la fiesta del Grito de Independencia, que es en México, desde hace casi 200 años, una celebración popular, sus concurrentes habituales son obreros y campesinos con sus familias, empleadas domésticas, artesanos, estudiantes pobres, comerciantes ambulantes, en suma, los trabajadores.

Es probable —al menos así se nos dice en las versiones oficiales— que los ataques sean consecuencia de una guerra entre pandillas o grupos organizados de criminales que al final pretenden un lucro. Sin embargo, para alcanzar este propósito de largo plazo y tal significación, están empleando la agresión cada vez con mayor crueldad y extensión en contra de la población civil. Y aquí surgen varias entre la infinidad de dudas que a todo mundo asaltan hoy en día: ¿qué efectos buscarían conseguir unos delin-

cuentes comunes aterrizando a la población? ¿No es, al final de cuentas, el narcotráfico un comercio de mercancías —ilegítimas ciertamente, pero comercio de cualquier manera— que se beneficia del trasiego y la movilidad en los habitantes? ¿Acaso no se sabe que el terrorismo paraliza a las sociedades, disminuye la actividad económica y encierra a los individuos en sus casas?

La respuesta a tales cuestiones, quizá sólo la tengan el Presidente de la República y los altos funcionarios del gobierno, que deben conocer a los autores de amenazas, advertencias y demandas formuladas por los jefes de la delincuencia organizada. Si lo saben y la escalada de los crímenes sigue aumentando, entonces revelan, impotencia o debilidad. Y si no lo saben, para desgracia de todo mundo, expresan una, también, criminal incapacidad.

Queda otra vertiente posible: que el terrorismo se provoque desde algún órgano del Estado. Si este fuera el caso, estaríamos ante una maquinación infernal destinada a prepararle el terreno a un régimen autoritario, instrumento usual para expropiar sin obstáculos el patrimonio colectivo en beneficio de grandes empresarios y transnacionales. Para alcanzar tal objetivo, es imprescindible llevar a los mexicanos hasta la desesperada búsqueda de la seguridad, incluyendo la salida falsa de la cancelación de libertades y la entrega del poder a déspotas sanguinarios. Conocemos de sobra este camino trillado.

La transparencia en las indagaciones y en los resultados son, por ello, exigencias de interés público. Los ciudadanos necesitamos saber a qué peligros nos enfrentamos y de dónde brotan las crueles ofensas que acechan ahora por todas partes.